

Recuerdos de Jean Cassou

VALENCIA, el 3.º o 4.º de agosto de 1936 en la redacción de "Verdad". Techos bajos, olor de imprenta, ir y venir de redactores con pistolas al cinto. En el zaguán muchos de las Juventudes, armados con escopetas de caza. No sé quién trajo el recado: en una fonda de la Plaza Emilio Castelar estaban Jean Cassou, Jean Richard Bloch y Andrés Viollis. Dos minutos más tarde entraban en la redacción. Hacía años que conocía a Cassou.

La ciudad bullía. Las tropas acuarteladas tras el río, mantenían una oscura inquietud. Cada dos horas nos llegaban noticias de que se echaban a la calle para sostener la rebelión militar. El calor agobiante añadía misterios. Por las callejas traseras fuimos al Gobierno Civil. Colchones y ametralladoras en las ventanas del edificio neoclásico. Carlos Esplá daba órdenes como un general: —No disparen hasta que yo dé la orden—. Del otro lado del río los plátanos de la Alameda y los cuarteles sin luz.

Yo no creo que Cassou fuera valiente, pero su inteligencia se imponía. Jean Richard Bloch hacía alarde de su experiencia de la guerra del 14. Esperamos unas horas, el ataque no se producía. Los acompañamos al hotel. Cassou se fue a dormir. Bloch y yo volvimos a salir. Hablamos de teatro. Nos acercamos al río. Sonó un tiro. Jean Richard sonrió feliz: —Mi nuevo bautismo, desde la otra.

Vinieron a ayudarnos desde el primer momento.

Luego en París, durante la guerra, ¿cuántas veces no fui a la rue de Rennes, a casa de Jean Cassou? Todo era libros, dibujos y música. Su mujer —hacia ella van todos mis dolorosos recuerdos—, tocaba maravillosamente el piano, aún recuerdo uno de los últimos días en que nos vimos —cómo escuchamos un cuarteto de Fauré— por la radio, entre la angustia de las noticias y la persecución de la policía.

Era el día de la firma del pacto germánico-

soviético. Cassou no quería creerlo, y creyéndolo no se lo explicaba. Fuimos a casa de Jean Richard Bloch. Nos esperaba Aragón. Aragón y Bloch intentaron convencer a Cassou de la necesidad del hecho consumado. Cassou se resistía. No entraba en su condición abierta lo que reputaba incomprendible para su sensibilidad y simpatías. Sin embargo nuestra triste realidad —la de los españoles— sirvió un poco para que aceptara la explicación de las necesidades militares del momento.

(¡Qué desconcierto! ¡Qué sensación de abandono! ¡Qué reacciones melodramáticas en los más! ¡Qué amargura! Ignoro si Malraux llevó a cabo su intención de escribir un diario, un diario con los altibajos de aquellos días —un diario hecho con todas las de la ley literaria, para ser publicado un día—.)

(Si la revolución ha de ser a este precio, me decía Malraux, en aquel horrendo café de Auteuil, que no la haya.)

La inteligencia de Cassou se imponía a su sensibilidad; bajando la cabeza, comprendía.

Nos vimos por última vez en su casa, destartada. Él era soldado, soldado de segunda clase, iba y venía conduciendo caballos de un lado para otro, rendido. Su mujer y su hija se marchaban al campo. Querían llevarse una de mis hijas.

Llegaron los nazis. Los Cassou se refugiaron en Toulouse. Ida abrió una galería de arte. Vivían muy mal. Luego lo detuvieron, estuvo en un campo de concentración, después en la cárcel. Ahora llega la noticia de que, antes de marchar, los alemanes lo fusilaron. Yo le quería como un hermano.

Jean Cassou era, además, uno de los más grandes escritores franceses de su tiempo.

MAX AUB.

916/6269



23/10/36 P
20/11/36
7.11.36

23/10/36